

**DISCURSO  
CONVENCIÓN NACIONAL CONSERVADORA**

**Carlos Alfonso Velásquez R.  
Diciembre 26 de 2014**

Debo comenzar diciéndoles porqué he venido aspirando a participar en la escogencia de la candidatura a la presidencia por el partido conservador:

Porque la experiencia adquirida durante treinta años de digna carrera militar decantada durante catorce años de vida académica como profesor en la Universidad de la Sabana con la categoría de asociado, permitieron configurar una visión de la Colombia del presente de donde se desprende un proyecto político que colocaré a su consideración en este discurso.

Ahora bien, las circunstancias que tuve que afrontar en los últimos años de la vida militar hicieron que fuese conocido por la opinión pública. Por una parte tuve que enfrentar, por primera vez en la historia del país, a la mafia más sofisticada y con más funcionarios sobornados en altas esferas políticas, jurídicas, militares y policiales. Estoy hablando del otrora Cartel de Cali, del mismo que llegó a tener

en su círculo de influencia y poder, entre otros, tres Contralores de la República que desempeñaron sus cargos de manera consecutiva, un Procurador, varios congresistas, dos ministros de Estado y un Presidente de la República. Fruto del espíritu del cumplimiento del deber, y pese a varios intentos de soborno y amenazas y a una trampa que puso en riesgo mi matrimonio y mi carrera, se incautaron y entregaron a la Fiscalía las pruebas documentales que permitieron abrir oficialmente el proceso 8000.

Un año después, como segundo comandante de la Brigada 17 en Urabá me vi en la obligación moral de denunciar por los canales institucionales al general comandante de la Brigada porque pese a que con claridad le hice ver el perjuicio que producía a la legitimidad del ejército el cohonestar con los paramilitares, mantuvo sus actitudes sospechosas frente a ellos, pero los mandos militares del momento concluyeron que quien no decía la verdad era quien les habla, razón que produjo mi llamamiento a calificar servicios. Hoy en día el general que denuncié está condenado en primera instancia y privado de la libertad por más de un proceso en su contra. Pero aclaro que, pese a la injusticia de que fui objeto, no guardo ningún resentimiento, ni

siquiera hacia quienes en su momento decidieron mi retiro y que conservo buenos amigos entre activos y retirados de la institución castrense.

En fin, de lo anterior se desprende un perfil que se avalora en la coyuntura histórica que atraviesa el país puesto que han sido precisamente el ocho mil y la llamada “parapolítica” las últimas dos grandes crisis que le han restado ostensiblemente legitimidad al ejercicio de la política ante amplios sectores del país, debido principalmente a las actitudes inferiores a las circunstancias que en su momento asumieron varios políticos de profesión, no propiamente conservadores. Y precisamente por esto decidí inscribirme en el partido; porque pese a que también algunos de sus militantes resultaron involucrados, la colectividad política que salió menos manchada de las crisis mencionadas fue el partido conservador.

Y no solo fue el menos manchado, sino que fue el partido que le dio a la historia nacional un mártir de la República, un héroe que murió vilmente asesinado ante la imposibilidad de callarlo o siquiera opacar su enhiesta y valiente postura frente a la hipocresía y a la corrupción de lo que en afortunada síntesis llamaba “el régimen”; hablo claro está

de Álvaro Gómez Hurtado, de ese gran colombiano de quien acertadamente escribió Alberto Bermúdez: *“lo que no pudo entender nunca el colombiano de la calle, ni lo entiende aún, es cómo una persona de tantas y tan brillantes ejecutorias no hubiera accedido a la Presidencia de la República, acontecimiento que le hubiera representado al país un salto histórico de dos o tres décadas en un cuatrenio y su encauzamiento definitivo en la ruta de la modernidad”*.

A lo que quiero agregar de la **verdadera modernidad**, es decir de aquella que promueve el pensamiento conservador; no esa que tiende a absolutizar la libertad valorándola más entre menos compromisos implique, sino la libertad conciliada con el orden para adquirir y cumplir compromisos y deberes más que para vivir reclamando derechos. No aquella que predica hasta el cansancio el igualitarismo sin considerar ni lo distinto ni los méritos. Tampoco de esa modernidad que después de mayo del 68 promovió, entre otras, la concepción del matrimonio como un contrato desechable y no como un compromiso de verdadero amor. Tampoco de esa modernidad que como en el caso del alcalde de Bogotá, hoy pretende colocar el etéreo concepto de soberanía popular por encima del de Estado de Derecho.

Y llegando a este punto empiezo a hablar de los ejes generales del proyecto político que he querido poner a consideración de los colombianos a través del partido conservador, que como verán está inserto en la plataforma programática acordada desde el año anterior.

Como el ejercicio de la Política desde el poder ejecutivo es en esencia “gestionar la historia del país”, en primer lugar **debemos finalizar el conflicto armado con las guerrillas pero debemos finalizarlo bien**, de lo contrario se incubarían futuros conflictos. Para esto hay que partir del hecho de que el Estado colombiano tiene hoy en día la posibilidad de actuar con magnanimidad pues desde 1998 ha venido recuperando suficientes cotas de legitimidad política, jurídica y militar, **no las que quisiéramos, pero sí, repito, suficientes**. También hay que reconocer que, aunque a paso de tortuga, las organizaciones subversivas han venido cediendo en sus posturas. No obstante, estas se encuentran aún distantes de lo que los colombianos aceptaríamos.

Pero para que esa magnanimidad del Estado no se confunda con debilidad, el poder ejecutivo debe mantener la iniciativa político-estratégica sobre las guerrillas, lo cual no está ocurriendo con la conducción del actual Presidente. Y no está ocurriendo, por déficit de

pensamiento estratégico, porque desde el comienzo partió de una premisa errónea; aquella que expresó en su discurso de posesión cuando declaró: “Es posible tener una Colombia en paz... ¡y lo vamos a demostrar! Por la razón o por la fuerza”. De esta manera colocó la razón, es decir lo político, como independiente o excluyente de la fuerza racional, lo militar, es decir dio pie para que lo político y lo militar anden por carriles separados y con frecuencia divergentes, cuando la acertada conducción demanda que sus carriles sean convergentes. Todo lo cual ha conformado un escenario en el que mientras que el Gobierno juega al póker, las Farc juegan al ajedrez y una partida así no puede llegar a terminar satisfactoriamente un conflicto armado de medio siglo de duración.

Por ese tipo de partida que se ha venido jugando se abandonó la prioridad que tenía el “Plan de Consolidación”, abriendo así lo que podemos llamar una “ventana de oportunidad” para que, para solo colocar un ejemplo, ocurriera lo del Catatumbo, cuando la guerrilla aprovechó y estimuló la inconformidad campesina poniendo en jaque al gobierno por un buen período de tiempo ganando en últimas la partida. **El punto que quiero destacar es que la conducción**

**político-estratégica se realiza con la razón y con la fuerza, es decir con lo político trazando los grandes objetivos y lo militar actuando en coherencia con ellos, de lo contrario se da la oportunidad para que el oponente aproveche la incoherencia y tome la iniciativa.**

En este orden de ideas hay que empezar por reajustar la Estrategia General del Ejecutivo para lograr que el Estado mantenga la iniciativa, lo que conlleva a que las guerrillas se vean limitadas a un rol político cada vez más irrelevante. Pero para solo poner un ejemplo del presente ¿será que el rol de las guerrillas está siendo irrelevante cuando se comete el error de no suspender el proceso de la Habana mientras tiene lugar el debate electoral, amarrando así gran parte de la posibilidad de re-elección a lo que ocurra en Cuba?

En dicho reajuste también hay que fortalecer la institucionalidad agropecuaria y rural conduciendo al mismo tiempo un plan integral de desarrollo, en lo cual algo se ha avanzado por la presión del reciente paro agrario, pero se puede avanzar mucho más recurriendo a toda la experiencia acumulada a través del tiempo por el partido conservador, experiencia que yace en las mentes de tantos líderes regionales

conservadores y en las bibliotecas de los tanques de pensamiento como el de la Fundación Mariano Ospina Pérez. Experiencia esta que no se ha traslucido en realidades porque, en un país presidencialista como el nuestro, la labor de la bancada conservadora desde el congreso, pese a sus mejores intenciones, no puede ir más allá de leyes y negociación política, lo cual claro está es insuficiente.

Ahora bien, en complemento al fortalecimiento de la institucionalidad agropecuaria y rural, propongo crear una Guardia Nacional Rural, lo cual no requeriría erogaciones presupuestales importantes puesto que se conformaría mediante una especie de desdoblamiento del Ejército y la Policía. Me explico, parte de los miembros, de las armas y de la logística de esas dos instituciones pasarían a conformar una nueva fuerza armada con la misión específica de proveer seguridad permanente a la población y sus recursos en aquellos municipios catalogados como rurales dando prioridad a los sitios donde las guerrillas han tenido influencia a través del tiempo. De esta manera el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea recuperarían su razón de ser original con fuerzas ofensivas y disuasivas de élite a ser empleadas para resguardar las fronteras terrestres, marítimas y aéreas y hacia el



interior solo por decisión exclusiva del presidente cuando la situación lo amerite. Así también la policía se concentraría en la seguridad ciudadana y la lucha contra la delincuencia en los restantes municipios. Aclaro que esta propuesta está todavía en fase de investigación, lo que la hace susceptible de mejorar acoplándola con otros estudios que se han hecho como aquel de la Corporación Pensamiento siglo XXI que escribió Andrés O'Meara y prologó el Dr. Carlos Holguín titulado "Una reforma ejecutiva para la justicia, la seguridad y la gobernabilidad a la altura de los tiempos".

Y hablando de los tanques de pensamiento conservador, traigo a colación un ejemplo que pone al desnudo cómo la vocación de ser vagón y no locomotora, no solo frena la posibilidad de ejercer el poder ejecutivo sino que ha venido irradiando una especie de complejo de inferioridad del conservatismo en un momento histórico en el que el país le reclama sus ideas y propuestas para progresar realmente. Ejemplo que además ilustra el problema de la iniciativa estratégica.

En mis manos tengo un trabajo de altos quilates intelectuales producido en el 2010 por el Centro de Estudios Colombianos en la conmemoración de sus Bodas de Oro titulado "Postulados para la

Reforma estructural de la Política Colombiana”. Aquí, entre otros aspectos, se argumenta, desde la filosofía y la ciencia Política, la necesidad que tiene el sistema político colombiano de hacer el tránsito de una Democracia Competitiva a una Comunitaria.

Pues bien, resulta que esta propuesta va mucho más allá de lo acordado en la Habana sobre la participación política. Dicho en otros términos, si las tesis de esta obra hubieran contado con la voluntad política desde el ejecutivo para ir las haciendo realidad de manera paulatina pero perseverante, esa parte acordada con las Farc en el sentido de incluir “el fortalecimiento de las organizaciones y movimientos sociales, y el robustecimiento de los espacios de participación para que ese ejercicio de participación ciudadana tenga incidencia y sea efectivo”, hubiera caído en el vacío sin siquiera ir en contra de ella puesto que estaría siendo una de las políticas del Estado abarcando no solo las organizaciones sociales sino también las económicas, las educativas y las que defienden la vida y la familia . A situaciones como la que acabo de mencionar me refiero cuando hablo de tomar la iniciativa estratégica para colocar a las guerrillas en un rol políticamente irrelevante. No sobra decir que la iniciativa no se

tomó puesto que el gobierno que asumió en el 2010 no era propiamente de talante conservador y es probable que ni siquiera sepa que el documento existe. El Gobierno, hay que reconocerlo, sí trató de tomar la iniciativa con la ley de víctimas y restitución de tierras, pero hasta ahí llegó porque poco a poco la guerrilla se la ha venido quitando.

Y llegando a este punto paso al tema de la pobreza en Colombia para lo cual recurro a una afortunada síntesis del Dr. Mariano Ospina Hernández quien sostiene que en Colombia hay una inaceptable pobreza en tres expresiones: la física o material, la intelectual y la moral.

En cuanto a la primera, en anteriores y en este gobierno se ha avanzado, pero se puede avanzar mucho más imprimiendo a los programas vigentes el talante conservador, como se hizo con la “Banca de las Oportunidades”. ¿Qué estoy queriendo decir? Que se hace necesario revisar los programas contra la pobreza en marcha desde dos perspectivas: obtención de recursos para ampliarlos y verificación de la aplicación del concepto de mérito para eliminar los visos de asistencialismo que puedan tener. De esta manera se debe

buscar que todos estén funcionando bajo la óptica de enseñar a pescar y no de entregar el pescado, de lo contrario no se estaría empoderando a los pobres para que salgan de su condición, es decir, no estaríamos respetando su dignidad como personas y así no se le puede romper el espinazo al ya inveterado problema de la inequidad social.

Recordemos que la inequidad social es el factor más sobresaliente que marca la vida colombiana en un contraste profundo con lo logrado con las políticas económicas en los últimos años, es decir que la pobreza y la desigualdad se dan la mano en forma aterradora cuando cada año consignamos los datos del coeficiente GINI respecto a Colombia. Pasan los gobiernos, uno tras otro, y no se ataca a fondo y en forma sostenible el principal problema del país. Y la falta de prioridades en este punto se traduce, a la larga, en indiferencia frente a él.

Y ahora la parte más característica de lo conservador: hablo de los esfuerzos que se requieren para apoyar a muchas personas en sus profundos deseos de superar la pobreza intelectual y moral. En este orden de ideas comienzo por traer a la memoria el hecho de que

desde 1974 -año en que finalizó el Frente Nacional-, hasta nuestros días, Colombia ha tenido nueve presidentes de los cuales solo dos, Belisario Betancur y Andrés Pastrana, han sido de talante conservador. Pues bien esos cuarenta años han coincidido, entre otros aspectos, con el crecimiento del narcotráfico y sus corrosivos efectos de corrupción, desinstitucionalización, dolor y muerte.

Ahora bien, todos sabemos que este fenómeno ha sido combatido con más o menos aciertos y efectividad, pero el problema sigue vigente, entre otras razones porque su raíz más que económica es ética como lo vimos de manera por demás evidente durante la crisis del ocho mil; crisis dolorosa pero necesaria para el país en la que asumimos un rol clave personas como Álvaro Gómez, Andrés Pastrana y quien les habla.

Y resulta que la raíz moral del problema no ha sido tomada en serio pues no ha habido políticas que más allá de las fumigaciones, restitución de cultivos y combate contra los narcotraficantes, procuren llegar al fondo del asunto. Al respecto, he venido madurando una

propuesta de política que complementaría lo que se ha venido haciendo pero que se enfoca en el ámbito internacional, razón por la cual no es por ahora oportuno plantearla.

Pero la cuestión no se queda en el narcotráfico que es solo uno de los efectos de la crisis moral que estamos viviendo. Una crisis moral quiere decir que nuestra sociedad no sabe proponernos cuál es nuestro fin en la vida para que ésta sea buena, para que sea lograda. Y si no sabemos identificar de forma colectiva o al menos de manera mayoritaria lo que es bueno, lo que es justo, y diferenciar lo necesario de lo superfluo, el bien común será inalcanzable.

Es aquí donde encuentra su espacio la corrupción política y la de varios jueces y magistrados y no solo eso, sino fenómenos tan preocupantes como el crecimiento inusitado de los delitos en que incurren niñas y niños que no son solo robos de celulares sino que llegan hasta el homicidio. Y no es solo porque esos pequeños desconozcan el bien, sino porque es el conjunto de la sociedad quien es incapaz de establecerlo como una realidad objetiva, superior a nuestros bienes particulares. No nos damos suficiente cuenta de que no basta la lucha legal contra la corrupción, sino que es necesaria una

política de restauración y promoción de los valores éticos a todos los niveles, una auténtica pedagogía social de la ética que nos devuelva las bases sólidas sobre las que se puede establecer una convivencia profunda entre los colombianos.

Evidencia de la crisis surge cuando nos preguntamos si en nuestra sociedad prevalece la norma de "no lo hagas porque dañas y te dañas" o más bien se impone la del que "lo importante es que no te cojan". La realidad es que hay de todo. La clave está entonces en cómo conseguimos que los partidarios del "que no te cojan" no formen una categoría social preponderante sino excepciones. Es este el camino más certero para llegar a una sociedad justa y fraterna; camino que por supuesto es largo de recorrer pero urge empezar a hacerlo de manera perseverante. Y en este reto los postulados del partido conservador y las políticas que de ellos se deriven tienen mucho para aportarle a Colombia, pues bien sabemos que pueden ir más allá de la consabida "lucha frontal contra la corrupción", que se queda corta porque no va acompañada por la restauración de la moral como nervio conductor de la política y del manejo del Estado.

Sigamos con ejemplos. También por esa crisis moral se ha deteriorado la primera línea de defensa de la sociedad: la familia. Se inició con el divorcio civil en los setenta y hoy ya vamos en el “divorcio express” y la pretensión de que cualquier tipo de unión se caracterice como una familia y reciba el mismo tratamiento desde el Estado. Conformarnos con un medio ambiente hostil a la familia sería como despreocuparnos de la contaminación del aire pensando que basta cerrar las ventanas de la propia casa para evitar sus efectos. El deterioro de la familia ha venido trayendo como consecuencia, entre otros problemas sociales, la delincuencia entre niños de la que antes hablaba y no podemos quedar tranquilos con las declaraciones del Director de la Policía que frecuentemente trata de poner la cuestión en la agenda pública repitiendo que esos muchachos provienen de familias desechas si es que conocen a sus progenitores. El aumento de penas es una medida muy del estilo de las de este gobierno que solo tratan de apagar el incendio.

Parecería que el Gobierno no ha entendido que el deterioro del civismo, que el decrecimiento del capital social, es decir, la disminución de la confianza entre las personas y hacia las



instituciones, en gran parte tiene su raíz en familias desechas. En fin, en este campo ya ni siquiera podemos decir que no se mira hacia el futuro sino que ni siquiera se mira el presente en toda su dimensión.

Otro problema concomitante con el anterior y que nos ha venido estallando ante nuestras miradas como cuando nos enteramos del lugar que ocupamos en las pruebas PISA, es el de la calidad de la educación. Hemos avanzado en cobertura y, salvo contadas excepciones, muy poco o casi nada se ha avanzado en la calidad. Y este problema se hace más importante si se tiene en cuenta que la educación constituye la segunda línea de defensa de la sociedad, que la educación de calidad es la mejor fórmula para disminuir no solo la pobreza y la inequidad sino también para acometer las pobrezas intelectual y moral.

La educación se ha convertido en la permanente cuenta pendiente del Estado y de los gobiernos con los colombianos, reducidos muchas veces a registrar el aumento de la matrícula, cuando en el fondo late la más preocupante de las cuestiones: **la necesidad de una educación para formar auténticos ciudadanos antes que buenos cibernavegantes**, personas que estén preparadas, además, para

impulsar el desarrollo tecnológico y económico, con la invención y la investigación y, sobre todo que sean capaces de construir país, de restaurar el tejido social y político roto por la polarización en torno a las aspiraciones de los políticos de uno u otro bando, no en torno a los problemas del país: este queda solo ahí en medio de posiciones extremistas, cargadas de emocionalidad y de ambiciones individualistas. Necesitamos una convergencia política ante los grandes problemas económicos y sociales que haga pasar a un segundo plano los particularismos que devoran la imagen de los medios.

Y pasando a lo económico comencemos por reflexionar en que la economía neoliberal de mercado que domina el panorama económico nacional ha llevado a una dictadura del mercado donde son demasiado los excluidos, eliminando en la práctica la solidaridad entre los grupos sociales. El Estado no puede sacrificar la solidaridad en aras de una libertad económica que no se compromete suficientemente con las necesidades de la comunidad: ahí es donde se generan precisamente los altos niveles de inequidad que dominan el panorama de nuestra sociedad. No es nada fácil lograr la equidad,

pero es una vocación ineludible para el gobernante, y siempre cabe fortalecer las políticas económicas con valores claves como la cooperación, la participación y la solidaridad. La prosperidad se vuelve una palabra vacía en la medida en que se separa de la dignidad, en que la democracia no conlleva una eficaz gestión social del desarrollo. Hay que superar con una visión comunitaria las políticas neoliberales marcadas casi siempre por el individualismo.

Los costos de la falta de ética en la economía siempre los paga la sociedad y los ciudadanos. El desfile permanente de los corruptos es un desafío también permanente a la legalidad y a la cultura ética. Por eso el fenómeno de la corrupción crece a ojos vistas e incide en todas las políticas gubernamentales. La política de “cero corrupción” es una meta ilusoria mientras no vayan acompañadas la economía, las reformas sociales y la renovación moral de las personas y las instituciones.

Pero dejemos ahí la identificación de los principales problemas. Dentro del programa que he venido construyendo para proponerle al país hay dos grandes objetivos: Incentivar jurídica y económicamente a las familias y priorizar la calidad de la educación acoplándola con la

cultura en el sentido de prácticas, normas y valores, lo cual incluye claro está la llamada cultura ciudadana. **Colombia avanzará firmemente si junto a la cultura de la legalidad, creamos una cultura de la integridad**, para que de verdad nuestro futuro sea sostenible integralmente.

Para alcanzar esos objetivos se implementarían políticas como las siguientes: introducir en la legislación vigente sobre el divorcio el que una vez se presente la solicitud o demanda, tengan que pasar al menos seis meses si no hay hijos y un año si los hay, antes de fallar. Y que en este tiempo los esposos en conflicto, si así lo desean, asistan a cursillos que estarían disponibles en horas adecuadas, en los que se les estimule a reflexionar en las distintas consecuencias que trae para sus vidas la ruptura del compromiso matrimonial.

Otra que sería ideal terminar de estudiar con mujeres líderes conservadoras es la de complementar el programa de madres comunitarias con una ley que establezca un subsidio de un salario mínimo para aquellas madres con hijos e hijas menores de 5 años,

que, sin importar el estrato social, quieran quedarse en sus hogares educando con amor cercano a esos hijos durante esos primeros años que bien sabemos son fundamentales en el proceso educativo.

Como podrán ver lo anterior iría en la dirección tanto de proteger la familia como de mejorar la calidad de la educación. Ahora bien, en la misma dirección se tiene en mente diseñar, con ayuda de las facultades de educación un ambicioso programa de capacitación para los docentes de todos los niveles enfocado en ayudarles a implementar las mejores metodologías para que al mismo tiempo en que estimulan en los estudiantes el pensamiento crítico les incentiven a descubrir por sí mismos la satisfacción que les produce la vivencia de los valores éticos.

En lo macroeconómico el país ha sido tradicionalmente prudente en el manejo de sus recursos y según las cifras no hay actualmente problemas de mayores dimensiones. Sin embargo, los problemas por resolver están en las consecuencias sociales de esa especie de dictadura del mercado de la que antes hablé. Consecuencias como en forma dramática se han revelado en la salud, la cual no se arregla con una reforma más del sistema si no hay una política de estado

coherente e integral y que no se quede en mera gimnasia legislativa.

Si la salud no se blinda contra esa dictadura del mercado nunca llegará al estadio que merecen todas las personas. Consecuencias como el desempleo y la informalidad cuyos niveles son todavía inaceptables. En fin, nuestro crecimiento económico no va paralelo al mejoramiento de las condiciones económicas de los menos favorecidos y sigue existiendo una enorme brecha social.

Por ahora, una cuestión que ya tengo clara es que para lograr un mercado justo se hace necesario reajustar la regulación del Estado al mercado con la meta mínima de garantizar la competencia plena, es decir que se cumplan de verdad los atributos de libre entrada y salida del mercado, precios transparentes e información simétrica.

En la dirección pues de propender por un mercado justo con un gobierno de talante conservador podemos avanzar mucho más con leyes como las que han venido sacando adelante senadores como Juan Mario Laserna y David Barguil.

Concomitante con lo anterior he venido estudiando las ideas del profesor austriaco Christian Felber relativas a la economía del bien común y estoy madurando las propuestas que ameritarían ser puestas

en ejecución de manera paulatina pero perseverante. Sería conveniente poder integrar un equipo de trabajo en este campo con los senadores que mencioné y otras personas que se quisieran sumar con el fin de elaborar un plan de alto calado estratégico en lo económico.

Por último señoras y señores convencionistas **los invito a que seamos conscientes de que al país le llegó la hora de lo conservador**: inmersos como estamos en una sociedad consumista e individualista, necesitamos una auténtica revolución de los valores **para que el país avance teniendo como meta el bien-estar, el bienestar y la felicidad de los ciudadanos**, y eso requiere una profunda renovación del modo tradicional de hacer política; hay que renovar las ideas, los escenarios, los proyectos económicos y sociales para estar a la altura de lo que los colombianos esperan de sus gobernantes: La auténtica democracia a la que aspiramos no es simplemente un derecho del pueblo a elegir sus gobernantes: es, ante todo, su necesidad sentida de ser bien gobernado. **La política no es como sostienen algunos “el arte de lo posible”, la verdadera política es “el arte de hacer posible lo necesario”.**



# CONCORDIA NACIONAL

CARLOS ALFONSO VELÁSQUEZ R.

MUCHAS GRACIAS POR SU ATENCIÓN